

Nora Maluenda, hermana en lucha

Nora Maluenda, chilena de cincuenta y cuatro años, separada y madre de dos hombres ya adultos, fue expulsada de su patria en 1975, dos años después del golpe militar pinochetista. Se fue a Venezuela, y luego a México, donde vivió cinco años, antes de salir en una lista oficial del gobierno chileno que le diera permiso de regresar a su tierra.

Una de dos mujeres miembros del Comité Ejecutivo del Partido Radical de Chile, Nora se fue de México en 1985 con un bagaje de cinco años de experiencia en el ámbito del trabajo femenino en el exilio. En representación de las mujeres, había sido parte de la Secretaría de Solidaridad para América Latina de la Casa de Chile. Junto con otras, formó al Frente de Mujeres Chilenas — sección México. Como ella se autodenomina, fue una militante de la solidaridad, pero siempre con sus compañeras de género. Conoció de cerca la lucha de los pueblos de Nicaragua, El Salvador, Guatemala, y desde luego, de su país natal. En representación de su partido, fue nombrado Vice Presidenta de la Internacional Socialista de Mujeres, y participó en la conformación del Frente Continental de Mujeres, en 1981.

Cuando Nora regresó a su patria, se encontró con un pueblo que había perdido el miedo a la dictadura. La efervescencia opositora corre por las calles, y las que habían puesto la primera pauta de rebeldía eran las mujeres.

El golpe militar de 1973 que dejó un saldo aproximado de 35,000 asesinatos, y 2,500 desaparecidos, vino repentinamente a movilizar a las mujeres.

Sorpresivamente, entonces, una cantidad de mujeres se quedaron de jefas de familia, responsables no sólo para el funcionamiento de la casa, sino también para la sobrevivencia económica. Según Nora, esto es el antecedente de lo que actualmente podemos denominar la rebelión femenina en Chile.

“Para los partidos, tanto de derecha como de izquierda”, dice ella, “La mujer es la eterna invisible; no está en ninguna parte. La mujer es ahistórica. Generalmente, no tiene acceso a los puestos de poder, más que sirviendo a la carrera política de un hombre, o para cumplir con el reclamo moderno de tener una figura femenina allá. Ni a la derecha ni a la izquierda les interesa realmente una integración”. En el caso de ella, piensa que no es muy diferente. “Una o dos mujeres en una dirección de cincuenta hombres no cambia la situación general”.

Lo que más le preocupa, sin embargo, no son las dirigentes femeninas, sino la organización de las grandes mayorías de mujeres en torno a sus propias necesidades y demandas, que a la vez, es la garantía de una integración femenina en todos los niveles de la sociedad. “La verdad, es que sigue habiendo el mismo problema en torno a la organización de las mujeres: ¿cómo podemos ser más?”

Pensar en llevar a cabo una lucha de esta índole en un país en donde le está negado a la población en general el más mínimo derecho de asociación, de manifestación y de protesta complica el asunto, haciendo virtualmente imposible el avance de las mujeres en torno a la lucha por sus derechos.

Por esto, ella enfatiza las dos vertientes de la batalla de las chilenas: luchar por los derechos de las mujeres dentro de la lucha por la democracia.

El ocho de marzo de este año, celebrado el día siete en Santiago, fue hasta ahora la culminación de la subversión femenina. Más de diez mil mujeres paralizaron la ciudad,

Gritaban sus consignas a las dos vertientes de su lucha. “Va a caer, palabra de mujer”, se tiró como dardo al Estado dictatorial; pero, “Hoy las mujeres, ¿cuándo ustedes?”, cayó en la conciencia de los hombres, un adelanto cambio de relaciones entre hombres y mujeres que en Chile no se ha dado todavía.

Tres días después, Nora Maluenda fue detenida por los agentes de la Central Nacional de Inteligencia, la antigua y siniestra DINA.

Se movilizaron las mujeres, llegaron a la cárcel donde los agentes habían llevado a Nora y, junto a los periodistas, hicieron sentir su presencia. Adentro, llegaron visitas, el papá, la hermana; recibió llamadas telefónicas de Europa, de partidos hermanos, preguntando por su bienestar.

Nora pensaba que era demasiada bulla por lo que pintaba ser cinco días privada de su libertad y a la calle otra vez. Pensaba esto hasta que la trasladaron a un cuartel de la Central Nacional de Inteligencia. El terror empezó a invadirla. “Se ve asustada”, dijo uno. “Sí”, dijo ella, “estoy asustada”.

La vendaron, hicieron que se quitara la ropa y le dieron algo amplio para taparse. Se burlaron de su ser mujer, la humillaron, pero no la torturaron físicamente. Sabían que es una mujer con influencias internacionales.

Nora también lo sabía. Entre interrogatorio e interrogatorio, pensaba en las demás mujeres detenidas. Pensaba en las mujeres anónimas que nadie conoce en México, Inglaterra, Suecia, Alemania o Austria. En las que simplemente tomaban las calles de Santiago, ávidas de un poco de justicia e igualdad. Pensaba en la suerte de estas chilenas, mucho más necesitadas de una solidaridad militante, por ser precisamente más vulnerables.

Cuando la liberación, Nora se volvió la voz de las incomunicadas. Se dio una vuelta de dos continentes en una semana y, por las ganas de estar otra vez en el caldo libertario, volvió a Chile, a entrarle al siguiente capítulo de su historia nacional.